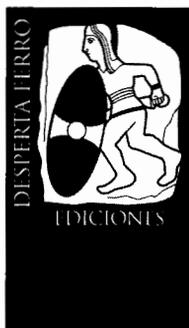


ES NECESARIO CASTIGO

EL DUQUE DE ALBA Y
LA REVUELTA DE FLANDES

Àlex Claramunt Soto



ÍNDICE

Introducción	IX
1 EL GOBIERNO DEL DUQUE DE ALBA	1
2 EL TEATRO DE LA GUERRA	53
3 EL CAMINO A LA REVUELTA	77
4 INVASIÓN Y REBELIÓN	105
5 LA REVUELTA SE EXPANDE	137
6 CAMBIO DE TORNAS	189
7 EL ASEDIO DE HAARLEM	239
8 LA CAMPAÑA DE WATERLAND	305
Epílogo	341
Bibliografía	353
Índice analítico	369

INTRODUCCIÓN

El próximo mes de diciembre, se cumplirán 450 años de la marcha de Bruselas, de regreso a España, de Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, que había gobernado los Países Bajos en nombre de Felipe II durante más de seis años. A su vez, en abril del año pasado se conmemoró el 450.º aniversario de la captura de la ciudad holandesa de Briel por los mendigos del mar –corsarios, o piratas, según el momento, al servicio de Guillermo de Orange–, hecho que desencadenó la rebelión en los Países Bajos que culminó con la independencia de las Provincias Unidas respecto de la Corona española. El año y ocho meses que transcurrieron desde el 1 de abril de 1572 hasta el 18 de diciembre de 1573 constituyen un momento decisivo en la historia de Europa. La incapacidad de Alba para derrotar la revuelta en las provincias de Holanda y Zelanda permitió el desarrollo de una estructura política y militar en dichos territorios que sentó las bases de la futura república. La efeméride ha dado lugar a conmemoraciones y publicaciones en los Países Bajos,¹ aunque no en España, donde las obras divulgativas acerca de la Guerra de Flandes se han centrado, tanto históricamente como en los últimos años, en los tercios españoles, es decir, en la dimensión puramente española del conflicto, sin prestar mucha atención a los condicionantes políticos, sociales y religiosos de la rebelión.

Si bien disponemos de excelentes trabajos de investigación académica en torno a la Guerra de Flandes, los orígenes de esta siguen sin estar del todo claros para el público español, condicionado por

visiones simplistas o sesgadas de largo recorrido, dada la histórica mitificación de la Monarquía Católica con finalidades patrióticas. En los tiempos actuales de exaltación nacionalista, estos discursos falsarios reciben más atención en el ámbito divulgativo que la crítica razonada. Poco importa que la exaltación de la España imperial, de la monarquía de los Austrias, se realice en beneficio de ideologías ostensiblemente contrarias tanto al universalismo que promovió dicha monarquía, como a la existencia de múltiples particularismos –políticos y culturales– que la caracterizó. La hazaña, la gesta, desplazan así la reflexión mesurada. Por ello, resulta más sencillo y gratificante atribuir el estallido de la rebelión a la supuesta deslealtad de los neerlandeses que analizar sus verdaderas causas. Ya los cronistas españoles del siglo XVI se inclinaron, en general, por señalar la difusión del protestantismo y la ambición de la nobleza flamenca como sus motivos principales, soslayando causas más directas y prosaicas reconocidas por los gobernantes y consejeros reales.²

Desde luego, las prédicas calvinistas, en un contexto de carestía provocado por una mala cosecha que las crónicas españolas obvian, fueron instrumentales en la *Beeldenstorm* iconoclasta de 1566. Para la llegada del duque de Alba en agosto de 1567, sin embargo, las tropas –en su mayoría locales– reclutadas por la gobernadora Margarita de Parma habían puesto fin a la desorganizada insurrección calvinista, y los nobles implicados en la revuelta, o aquellos, como Guillermo de Orange, que habían actuado sin atenerse a las instrucciones de la duquesa, habían huido a Alemania. A principios de 1572, de los nobles rebeldes más destacados, solo Orange seguía activo, aunque exiliado en el castillo de su hermano Juan en Alemania y prácticamente arruinado, mientras que la represión de Alba había provocado el exilio de muchos de los protestantes de los Países Bajos y llevado a los demás a la clandestinidad.

¿Cómo se explica, pues, que el desembarco en Briel, el 1 de abril de 1572, de unos pocos centenares de expatriados que vivían de la piratería desencadenara una rebelión masiva que Alba fue incapaz de contener? ¿Cómo se entiende que, justo un año más tarde, Wouter Jacobsz, prior de un monasterio próximo a Gouda, exiliado entonces en Ámsterdam, anotase en su diario que «aunque muchas personas de allí eran católicas, conspiraron y se sumaron a la revuelta contra el duque [de Alba], pues preferían estar bajo el príncipe [de Orange]»?³ Para responder a estas preguntas es imprescindible conocer la situación social de los Países Bajos en los tres años de paz anteriores a la revuelta (1569-1571), así como las difíciles condiciones de vida de la población flamenca en

la coyuntura de aquellos inviernos, en los que las bajas temperaturas provocaron malas cosechas, con las consiguientes hambrunas, y abundaron desastres naturales en forma de desbordamientos de ríos y lagos e inundaciones, una de las cuales, la de Todos los Santos de 1570, resultó particularmente devastadora. En paralelo, las actividades de los mendigos del mar y un contencioso diplomático con Inglaterra mermaron el comercio marítimo y la pesca, actividades fundamentales en las provincias costeras de Holanda, Zelanda y Flandes, por lo que a la hambruna se sumó la pobreza. En estas circunstancias, Alba trató de imponer una serie de impuestos universales —el Centésimo dinero, el Décimo dinero y el Vigésimo dinero— que causaron un descontento generalizado.⁴

A lo dicho hay que sumar un elemento adicional: las molestias que ocasionó en la población tener que alojar y alimentar durante todo este tiempo a más de 10 000 soldados extranjeros, en su mayoría españoles. Los Países Bajos, sencillamente, no estaban preparados para ello. El cronista Pedro Cornejo escribió:⁵

No solían tener habiendo paz soldadesca ninguna, ni gente de guerra estas provincias, sino sola alguna poca guarnición en las fronteras y en algunas fortalezas principales.

Los abusos de la tropa, según hombres tan poco sospechosos de simpatía hacia los rebeldes como Esteban Prats, secretario del Consejo Privado, o el humanista Benito Arias Montano, colaborador de Alba, fueron decisivos para poner a la población civil en contra del duque. En 1567, además, los soldados españoles ya tenían mala reputación en los Países Bajos y esta no era fruto de campaña de propaganda alguna, como se ha repetido hasta la saciedad, sino de las experiencias previas de los ciudadanos de las poblaciones que habían tenido que alojar tropas.

A medida que el epicentro de la pugna entre las coronas de España y Francia se fue trasladando de Italia a los Países Bajos, y a las provincias limítrofes, en las décadas de 1540 y 1550, los flamencos empezaron a experimentar una clase de guerra que se venía practicando en Italia desde hacía un tiempo. En su *Historia de Italia*, concluida en 1532, Francesco Guicciardini escribió que:

[...] los españoles fueron los primeros que en Italia comenzaron a vivir totalmente de la sustancia de los pueblos, dando ocasión y quizá necesidad a tan grande licencia el ser pagados mal por sus reyes.